

Cierra la puerta y camina hacia los confesionarios, pero no se detiene ahí, sino que sigue caminando y recorre con calma el pasillo lateral. Su rutina diaria comienza a eso de las siete de la mañana, cuando las primeras luces del alba despuntan entre las vidrieras de la iglesia. Es aún una luz apocada que promete volverse más rotunda, así que de momento apenas deja entrever las siluetas de los bancos y las columnas. El padre Fabián tantea la pared hasta dar con la luz que conecta parte de la luminaria del templo. Las bombillas se encienden y descubren el perfil real de los objetos que tiene alrededor: el contorno de los viejos bancos alineados del centro, las sillas diseminadas por el pasillo, o las columnas caladas que se levantan unos diez metros para cruzarse en el techo y formar pequeñas bóvedas de donde cuelgan unas enormes lámparas. Sigue caminado. Ahora se para junto a las velas de las peticiones, abre el cajetín y guarda las monedas en una bolsa de tela que lleva anudada a la correa de pantalón. Después sigue su camino con la misma cadencia de pasos, con calma pero sin dilación, hasta que se para frente a una imagen de la Virgen de Fátima, del tamaño de una muñeca de juego, confinada entre dos jarros plateados repletos de geranios rojos y blancos, algunos ya marchitos por el transcurso de los días. El padre Fabián recoge aquellas que le parecen menos vistosas, las sacude para escurrirles el agua, y luego parte los tallos para asirlas con más fuerza. Pasea las flores con cuidado para no gotear sobre el suelo y se dirige hacia una bolsa de basura que depositó la noche anterior junto a unas de las columnas del templo. Sigue ahora caminando hacia la siguiente imagen, ésta es mucho más grande y representa a la Virgen del Carmen con su manto pardo, la figura del niño sentado sobre su antebrazo, y un escapulario en una de sus manos con la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Las flores son más variadas. Ahora encuentra rosas y tulipanes repartidos en cuatro jarras plateadas, todas con un aspecto bastante renovado. Casi siempre es así. La imagen de la Virgen del Carmen es venerada como una diosa en el barrio de El Palo, un barrio que se sigue reconociendo a sí mismo como barrio de pescadores. Y a ella como la celadora de su oficio. Nunca le deberán faltar flores frescas. El padre Fabián continúa ahora hasta un Cristo crucificado, saca un pañuelo limpio de su bolsillo izquierdo, y luego lo frota sobre el empeine del Cristo, allí donde decenas de labios habrán dejado caer sus besos como prelude de una plegaria, un ruego, o un exvoto de cera que habrá sido colocado en uno de sus laterales con formas de piernas, manos, corazones; todos colgados de pequeños lazos verde esperanza y pinchados con alfileres sobre el yeso horado de la pared. El conjunto se asemeja a una colección de mariposas disecadas. El padre Fabián descuelga algunas de ellas, las que llevan más tiempo, y las deposita también en la misma bolsa de basura. Sigue hacia el confesionario, abre las puertas laterales y baja los almohadones donde reposarán las contumaces rodillas de sus fieles cuando estén en la confesión. A continuación se dirige hacia la enorme puerta de la entrada, gira con bastante alboroto el picaporte, y empuja una de sus hojas hacia adentro, dejando que toda la luz del exterior surque el pasillo central del templo hasta casi tentar el altar. Allí se encuentra con doña Avelina, esperando en la misma puerta de entrada, vestida de negro y amueblando su gesto con un claro signo de reproche.

– Buenos días, doña Avelina.

## 7LR (Siete lágrimas rojas)

– Buenos días, padre. Parece que hoy nos hemos levantado más tarde.

El padre Fabián sonríe a doña Avelina, en cuyo rostro octogenario descuelgan dos hermosos ojos azules.

– ¿A qué hora comienzan las confesiones? – pregunta Avelina mientras dirige su mirada el fondo, allí donde las luminarias parecen más poderosas que la luz del exterior.

– ¡Vaya!, si no recuerdo mal, ayer se confesó... ¿Ya le ha dado tiempo a pecar? – pregunta ahora el padre Fabián, escondiendo una sonrisa burlona que le hace empujar su mirada hacia el suelo–. Respirar no lo tenemos contemplado aún como pecado, querida Avelina.

– Ni tampoco ser un cura con muy poca gracia – se queja Avelina, poco amiga de las bromas del padre Fabián–. En fin, yo le confieso lo que me venga en gana y usted me echa la cuenta de los padrenuestros que debo rezar.

Avelina se dirige hacia uno de los bancos laterales donde se sienta con parsimonia. El padre Fabián aprovecha el tiempo de tregua para sacar una mesita con las hojas dominicales y mirar al exterior, hacia el pequeño parque que hay frente a la iglesia. Decide entonces pararse unos segundos para contemplarlo.

– ¿Va a venir usted a la misa del alba por la Virgen del Rosario, doña Avelina? Viene en la hoja parroquial.

Doña Avelina lo mira de reojo con las manos cruzadas sobre su frente, sin otro movimiento más allá de su mirada, como si el simple gesto de girar la cabeza fuese una frivolidad para sus años.

– Estaré, padre... estaré. Si sigo estando... estaré – musita Avelina.

El padre Fabián vuelve a sonreír. Ahora se dirige al otro lateral del templo, recoge una silla y se sube con cierto esfuerzo sobre ella para encender uno de los seis ventiladores que hay en la iglesia, una por columna, que quedan a una altura de unos dos metros. Aprovecha el momento para ordenar el resto de sillas que están repartidas por el pasillo. Las coloca en fila, algunas rodeando las columnas, otras al final del corredor. A continuación se marcha hacia el Cristo Resucitado que queda justo a mitad del pasillo. Vuelve a repetir el mismo proceso de antes: recoger las flores marchitas y colocarlas en la bolsa de basura. A cada paso que da se encuentra con más sillas que va colocando en filas, una a una, hasta dejar todo el pasillo libre. Finalmente coge por última vez la bolsa de basura y se dirige hacia el final de ese mismo corredor, en dirección a la Virgen del Rosario. Deposita una última silla que le queda por ordenar y mira de soslayo el rostro de la Virgen. Entonces se percata de algo que no encaja en esa imagen. Sin soltar la silla, da dos pasos al frente, con lentitud, como ha hecho desde que salió de la sacristía, solo que estos pasos no los guía el sigilo sino la confusión, porque lo que está viendo no debería estar ahí, o más bien no debería estar en ningún sitio. Arrastra la silla frente a la figura de la Virgen, se sube en ella y se enfrenta a algo que

*7LR (Siete lágrimas rojas)*

no podía imaginar. Es una lágrima roja que macula su rostro. La Virgen está llorando sangre.